

CUENTO N° 258

TÍTULO: CARRERAS CORRIDAS

SEUDÓNIMO: CHUNGUNGO VIEJO

AUTOR: FERNANDO COULON LARRAÑAGA

CARRERAS CORRIDAS

Primera Carrera

La novedad causó cierto alboroto en el pueblo. Gutiérrez, el maquinista, llegó desde Temuco con un hermoso caballo, el “Rápido Antonio” y de inmediato desafió a medio mundo para las carreras a la chilena del fin de semana.

Entre los amigotes, saltó de inmediato Teófilo, “On Tiófilo” para los amigos.

- ¡Me traigo del fundo al Paucar, que a él no me lo gana nadie! – Gritó entusiasmado.

Ese sábado, se armó la fiesta. Unos preparando el asado para después de la competencia, otros, organizando las tres carreras de esa tarde, donde el desafío Paucar vs. Rápido Antonio acaparaba el interés y las apuestas.

- ¡Con mi Paucar te las vas a ver, Gutiérrez! Se pavoneaba “On Tiófilo”, con la copa de vino en la mano.

- ¡Saludemos al pingo que ganará esta tarde!

- Este “On Tiófilo”, reía Gutiérrez, - ¡Si su pingo es más lento que cascada de manjar!

- Así transcurrió entre brindis, risas y abrazos, una hermosa tarde más en un pueblo de la Araucanía.

Y llegó el momento cúlmine de las carreras, el desafío Gutiérrez – “On Tiófilo”. Amigos de juergas y jugarretas, se abrazaron afectuosamente y montaron sus caballos, los que ya hacía rato, se miraban desafiantes.

Los bellos caballos chilenos, trotaron elegantemente hasta la línea de partida, a esperar el pitazo de Paillacar, el lechero del pueblo.

Una vez que los dos jueces de línea les advirtieran que el primer espuelazo sólo valía después del pito, los dos competidores se hicieron un gesto amistoso y... ¡Priiiiit!!! Feroz pitazo y salieron los dos competidores como flecha.

A mitad del recorrido, Teófilo notó que se quedaba perceptiblemente atrás. Sin poder soportarlo, espueleó, chicoteó y gritó como loco.

Después contaba que, en ese momento, recordó cómo Gutiérrez le había ganado las últimas partidas de cacho y naipe, y con buenas apuestas de por medio. Entonces su ego aullaba y ¡Métale espuelas!

¡Y Paucar no le falló! Se recuperó en los últimos metros, ganando por cabeza.

En su suprema excitación, al bajar la velocidad del ganador Paucar, nunca Teófilo se pudo explicar si hizo alguna maniobra impropia o simplemente el caballo tropezó. El asunto es que envueltos en una nube de polvo, ambos rodaron por el suelo.

Perduró en la memoria del pueblo, la carrera y su accidentado final, sobre todo impresionaba mucho a los niños, cuando sus padres les contaban que Paucar al parecer, mientras caía, hizo una extraña contorsión, evitando aplastar a “On Tiófilo”, el que salvó todo machucado, pero vivo.

No así, el desafortunado Paucar, quien se quebró dos patas y hubo que sacrificarlo, eso sí, transformado en héroe.

Segunda Carrera

La vía del tren corría paralela al camino por varios kilómetros.

El Dodge Dart avanzaba, tranquilo, unos 60 Km/hr, esa fría y nublada tarde de primavera, con Don Teófilo al volante.

El hombre, ya en la década de los setenta años, no se consideraba un viejo y ese día había transcurrido tranquilo y relajado en su viaje a la ciudad, por trámites bancarios y visitas familiares.

De pronto, el típico pitazo de las locomotoras a vapor de los trenes del sur, lo sacó de su ensimismamiento. Avanzando bastante más rápido que el Dart, pronto el tren comenzó a sobrepasarlo con nuevos y estruendosos pitazos.

Era el “tren de las cinco”, el querido tren que comunicaba la ciudad con su pueblo y Don Teófilo reconoció a Gutiérrez, el maquinista, gran amigo de asados y tomateras quién lo saludaba a pitazo limpio y grandes sacudidas de gorra, desde la cabina de la máquina.

Si le preguntaran a Don Teófilo, qué pasó por su cabeza mientras el tren de pasajeros comenzaba a aventajarle, seguramente no tendría respuesta. Pero sí asomarían las partidas de cacho, las competencias de tejo, las carreras a caballo y las de galgos, en que Gutiérrez y él competían fieramente.

El Dodge Dart rugió como en su añorada juventud, acelerando hasta 85 Km/hr mientras Don Teófilo, fiero, se preparaba mentalmente para ganar la carrera, o sea llegar primero a la estación.

Para cumplir su objetivo debía, en lo que quedaba de recta, sobrepasar al tren para llegar primero al cruce, donde el camino pasaba al otro lado de la vía férrea y entrar al pueblo.

Poco a poco el auto comenzó a tomar la delantera, el hombre sabía que en esa recta el tren llegaba fácilmente a los 80 km/hr; esta vez, el Dart, con cierta prepotencia saludó con un par de fieros bocinazos a la bella locomotora japonesa.

Finalmente, con la adrenalina a mil, Don Teófilo encaró la doble curva previa al cruce; éste sin guarda cruce ni barrera, sólo una alarma luminosa y un timbre, quienes en forma vana trataron de advertirle que era demasiado tarde para cruzar.

Con la mitad del Dart al otro lado de la línea, el enceguecido carrerista creyó haber triunfado. Pero la locomotora, feroz, cogió la cola del auto y con gran estruendo, tiró a éste fuera de la línea y del camino, haciéndole dar varias volteretas.

Don Teófilo, sobrevivió, protegido por el fiel Dodge Dart. Fue retirado de entre los fierros retorcidos del auto, bastante mal herido, pero sin riesgo vital.

Quien no sobrevivió, el auto, terminó definitivamente en un botadero, nada se quiso o no se pudo salvar.

Y Gutiérrez comentaba en rueda de amigos:

- Le he ganado a "On Tiófilo" en varios de los juegos que tenemos en el pueblo; esta vez sin querer también gané, pero ahora no me alegro. Para nada –

Visitando a "On Tiófilo" en el hospital, éste lo felicitó, sin rencor, por su triunfo y entre carcajadas concluyeron que su fiel Dart le salvó la vida.